

Prefacio a la primera edición

CHARLES ANDRÉ JULIEN

Cualquiera que haya estado en Haití se habrá conmovido al comprobar hasta qué punto el recuerdo de Toussaint Louverture vive en los espíritus y en los corazones. Toussaint pertenece a cada uno, como Napoleón –de quien él fue la víctima– a cada corso. Sin duda las islas son los lugares más favorables a las tradiciones vivas, a los odios y a los amores violentos. El antiguo Santo Domingo consagra a su libertador una devoción patriótica que se asemeja a un culto. Las páginas que el coronel Nemours dedica a la visita que hizo al calabozo húmedo y frío del Fort-de-Joux, donde murió Toussaint en 1803, tienen un acento religioso. El ministro plenipotenciario de Haití y su señora tuvieron conciencia de que estaban haciendo una «piadosa peregrinación» y oraron en la celda del mártir. La señora Nemours, haciendo de la «roca escarpada» un segundo calvario, llegó a murmurar: «Quizás tuvo sed y nadie le dio de beber. Hubiera querido darle agua, enjugar el sudor de su cara y quitar el polvo de sus ropas». A semejanza de los héroes de Esparta: Leónidas, el guerrero, y Licurgo, el legislador; Toussaint Louverture, a la vez combatiente de la independencia y organizador de la nación, es menos que un dios, pero más que un hombre. Que un cochero de una plantación, salido de la turba de los esclavos, se haya revelado como jefe militar y estadista, que haya conseguido acabar con las fuerzas de ocupación de invasión inglesa y haya resistido a las tropas francesas, que haya llevado a su pueblo al umbral de la independencia y que haya perecido víctima de una celada y de un abuso de confianza, he ahí con qué apasionar a un espíritu generoso, ávido de comprender. Más todavía, situar la acción de Toussaint, el Negro, en su medio original y en la coyuntura colonial, he ahí la tarea que se ha propuesto Césaire y que ha llevado a cabo felizmente, como no hace mucho lo hiciera por el blanco de gran corazón que fue Schoelcher, el libertador de los esclavos.

Siempre he sentido por Césaire gran estima y simpatía.

No sería propósito mío hacer aquí el elogio de aquel a quien Bretón calificó de «gran poeta negro», diría yo uno de los más grandes poetas vivientes, pero no puedo olvidar la tarde en que leí, en Port-au-Prince, ante un auditorio que experimentaba a la vez que la belleza del canto, la grandeza de la negritud, las páginas sacadas del *Cuaderno de un retorno al país natal*. ¿No es Toussaint Louverture «el ejecutor de esas magnas obras» que el poeta ha querido trascender? Pues Césaire es también hombre de altura. Nunca hay bajeza en él. Sea cual fuere la vehemencia de su pasión, busca siempre la verdad y respeta al hombre. Si el Rebelde «de corazón impiadoso» hiere al Maestro, es para destruir en él la servidumbre que, más allá de su persona, encadena a su hijo desde la cuna. Su odio a una sociedad en que triunfa el dinero no es más que una forma de su amor por los que trabajan y sufren. Tal me parece Césaire: normalista, nutrido de humanismo desinteresado, sintiendo revivir en él los tumultos de sus ancestros bámbara, arrojados por la crueldad de la trata sobre las riberas de la Martinica y que vuelve a encontrar, después de haber frecuentado a Lautreámont, el camino de la poesía negro-africana; profesor de letras que, por haber recibido de Francia su cultura más elaborada, se ha sentido más obligado a participar en la «legítima defensa» de los antillanos más desheredados; hombre recto que rechaza los compromisos tanto en la acción como en el arte. Tal lo vuelvo a encontrar en su *Toussaint Louverture*, que me ha permitido presentar Alioune Diop, a quien doy las gracias.

Césaire no pretende renovar la biografía del Precursor. Da por sabidos los hechos. Lo que retiene su atención «son las relaciones que los unen, la ley que los rige, la dialéctica que los suscita». Bien está. Es eso mismo lo que constituye la historia. ¿Pero es cierto que el hombre que encarnó la resistencia a los colonialistas de Santo Domingo sea exactamente conocido? Mientras su correspondencia general no haya sido publicada, solo se hará con Toussaint labor provisional pues los textos, todavía inéditos, ofrecen el riesgo de trastornar la jerarquía de valores. Pero es dudoso que las condiciones fundamentales de la lucha que enfrentó a blancos, mulatos y negros, sean profundamente modificadas. Y es esto lo que le interesa a Césaire. Viviendo en un mundo en que cada pueblo colonizado busca realizar su independencia de acuerdo con su propia naturaleza, Césaire se ha dedicado a reencontrar la originalidad de la revolución de Santo Domingo. En ese campo, la experiencia del hombre político ilustra la documentación del historiador. Así ha sido llevado a descubrir el hecho colonial al estado puro, en una época en que

no se la adornaba de filantropía, sino en la que se afirmaba la primacía de los intereses del negocio y la virtud del egoísmo metropolitano. Lo Exclusivo, cuyos caracteres esenciales ha tenido el acierto de presentar al comienzo de su libro, es, más que una doctrina, un sistema, el «sistema» como se le llama en el siglo XVIII. Lo económico está entonces en el centro de todo, y todo se subordina a lo económico. No se limita al monopolio del comercio y de la industria, sino que hace de la administración la protectora interesada del comercio de Francia. Negociantes y armadores de los puertos del Atlántico son dueños de la política real por intermedio de los funcionarios del secretariado de Estado en la Marina, surgidos de familias poderosas de nobleza de toga, que tienen, por añadidura, grandes intereses personales en las islas y en el tráfico colonial.

Los «habitantes», que hoy llamaríamos los colonos, cuentan poco en el precio, aunque aparentan más porque viven en el lugar mientras no han hecho su fortuna. Lo que llama la atención es su mentalidad. Esta participa de ese individualismo anárquico, que caracteriza a la mayor parte de los coloniales. Consideran sus privilegios como derechos y aspiran a la autonomía como no sea al separatismo, para sustraerse «al abandono» y a la ignorancia de la metrópoli. No se han llevado su patria en la suela de sus zapatos. Para ellos, Luis XVI es «el rey de Francia» y no su soberano. Hablan de él «con la misma indiferencia que de un príncipe extranjero». Al gobierno inglés le bastó llamar «despacho de judicatura» a las antiguas «comisiones» del Consejo Superior de la Martinica y confiarle una parte de los poderes del Intendente, cuya plaza desaparecía, para que se adhirieran a los ocupantes durante la guerra de los Siete Años. En Guadalupe, el desarrollo de los negocios, el aprovisionamiento en esclavos y la prosperidad ganaron bien pronto a los habitantes. Por largo tiempo se conservó el recuerdo del coronel Krumpt y de Campbell Dabrymple, a los que un historiador criollo deseaba, con un monumento, perpetuar sus servicios. Después de la rebelión de los esclavos, los colonos de Santo Domingo invocaron la protección de S.M. británica a la que prestaron juramento acogiendo a los ingleses como libertadores.

Césaire hace alusión justamente a las sediciones de Santo Domingo en 1722 y 1769. Ilustran el comportamiento de los habitantes y dejan prejuizar el porvenir. La asonada contra la compañía monopolista estalla bruscamente en el Cap en 1720 al grito de una plantadora de café. Después se extiende al oeste. Las bandas armadas, que obedecen a jefes ocultos (Sans Quartier, La Liberté), incendian los bohíos y las cosechas

de los no-resistentes. Ya se perfila la seguridad de la organización clandestina y de sus ramificaciones, así como la amplitud de la oposición a la voluntad del rey. Muestra también la flojedad de la represión, pese a la gravedad del movimiento. Los colonos se dan cuenta de que solo la violencia permite ganar la partida contra los agentes del rey.

La sedición de 1763-1770, provocada por el restablecimiento de las milicias, adquiere un carácter excepcional a causa de la actitud de los propietarios del sur, que, más independientes y más audaces que los de otras regiones, no retroceden ante medios extremos para defender sus privilegios: connivencia con los mulatos, utilización de los esclavos, toque de rebato para dar la alarma, secuestros, congregaciones armadas y toma de armas en los cerros. El cartel de resistencia entre blancos y mulatos señalaba el verdadero peligro. Esta vez el gobierno no se llamó a engaño y castigó. El ejército tuvo la última palabra, pero el rencor se incubaba y la experiencia, esbozada en 1769, volvió a tener lugar veinte años más tarde, en el Comité del sur, con los mismos hombres en los que el espíritu colonial se encaminaba al separatismo.

En la recopilación de memorias de los colonos, publicada en 1776 o 1777, bajo el título *Consideraciones sobre el estado presente de la colonia francesa de Santo Domingo* y el seudónimo de Hilliard d'Auberteuil, se declara que «se debe contemplar los compromisos de los colonos con el estado, de tanta duración, como la protección del soberano. Si la protección cesa, la convención termina, puesto que la base es la utilidad recíproca». Pero de esa «utilidad recíproca», los colonos son únicos jueces y la aplican a su interés propio sin tener en cuenta las posibilidades del soberano, símbolo de la metrópoli. Si el soberano desaparece y la metrópoli adopta puntos de vista diferentes del de los habitantes, sobre todo en materia social, se consideran como desligados de dicha convención. Es esto lo que se produjo desde el principio de la revolución.

En Santo Domingo, más que el problema político, cuenta el problema social que lo condiciona. La sociedad colonial es, como lo escribe justamente Césaire, «más que una jerarquía, una ontología». Todavía me parece más compleja que lo que él dice pues si existieron 110 cruzamientos de gentes de color dando sus productos cada uno con su nombre, sería imprudente creer que la población blanca fue socialmente homogénea. Al lado de los ricos habitantes, franceses llegados de Francia, o criollos nacidos de parientes blancos fijados en las islas, y de altos funcionarios que constituían la aristocracia de los «grandes blancos», vivía todo un pueblo, tenido por inferior, que comprendía los colonos modestos, cuya

plantación solo utilizaba una veintena de esclavos, los contratados, trabajadores blancos de las plantaciones cuyo reclutamiento cesó en 1774, las gentes de profesión, los comerciantes locales y los encargados a los que se englobaba bajo el rubro de «blanquitos». Muchos de ellos, necesitados, obligados a trabajar toda su vida bajo las órdenes de otro o abrumados por los desprecios de los propietarios de plantaciones, concibieron por los grandes blancos un odio que los puso frente a ellos en el curso de la revolución.

Césaire ha destacado fuertemente la importancia de las gentes de color libres y mostrado la gravedad de las medidas sucesivas que hicieron de ellas, según un escritor de su tiempo, «un estado intermedio entre los blancos y los esclavos». Ahora bien, las reglas restrictivas con que se les afligió se hicieron además tan chocantes que, a finales del reinado de Luis XV, fueron tan numerosos como los blancos. Muchos ganaban dinero que empleaban en comprar pequeñas propiedades, a veces hasta haciendas. Ejercían, de acuerdo con los «blanquitos», los oficios artesanales de las ciudades. Eran tenderos, taberneros, viajeros de comercio, encomenderos que vigilaban el trabajo de los esclavos y, sobre todo en el sur, encargados. Se les reconocía su inteligencia, pero se les reprochaba haber adquirido los defectos de las dos razas y no ser seguros. Césaire nada dice de las mulatas, cuyo papel político era nulo, pero considerable el papel social. Escapaban al prejuicio racial a los ojos de los blancos. Las mujeres blancas las detestaban, pues no solamente les quitaban sus maridos, sino que los arruinaban. Así que se les cantaba:

Os digo que mujer es muy tonta. Si no sabe que un blanco le pague...

Desempeñaron, en Santo Domingo, el papel que tuvieron las grandes prójimas del siglo XIX que restituyeron al circuito monetario el dinero muy fácilmente ganado por los burgueses. Además, fueron ellas un vivo testimonio viviente de la incoherencia del sistema social.

En lo que se refiere al problema dominante, el problema de la esclavitud, Césaire lo ha tratado con la sobriedad que exigía un tema de gran patetismo, pero trillado. Ha querido ver sobre todo en los esclavos a *obreros de la tierra*, concentrados en los «barracones» como los obreros del continente en las fábricas. «La analogía permite comprender el resultado: que, en este vivero humano, que en este hacinamiento de resentimientos y de energías, saldrá, no una revuelta, sino una revolución. Es innegable que esta masa de explotados ha dado jefes de sedición. No

por eso me asociaré a la leyenda del negro de Guinea, Makendal, tal como se formó en el curso de la segunda mitad del siglo XVIII en los medios blancos. Makendal, en quien Césaire cree ver un mahdi, habría de organizar a los cimarrones en propagandistas encargados de incitar a los esclavos a destruir el mundo blanco mediante el veneno. Fue ejecutado en 1758, pero el ordenancista Lambert, siempre ávido de conjuras de envenenamiento, ni siquiera mencionó su acción. Veinte años después, su epopeya, creada y enriquecida por los colonos, manifestaba una forma de su psicosis. Miedos como este conmovieron, en muchas ocasiones, las islas en el siglo XVIII, y son mucho más reales que las causas invocadas.

Sería inútil y fastidioso seguir paso a paso el libro tan rico y personal de Césaire. Un resumen lo haría insípido, una discusión minuciosa lo haría pesado. Es preferible destacar las líneas de fuerza. Desde el anuncio de la toma de la Bastilla, los habitantes interpretaron la revolución y la libertad sobre el plano colonial, es decir en forma de ruptura primero con la autoridad local, después con la autoridad metropolitana. La asamblea de Saint-Marc, en nombre de los principios revolucionarios, a los cuales apelaba para sacudir el yugo de la realeza, realizaba la autonomía política y económica a la cual la colonia había aspirado siempre, pero la metrópoli, cualquiera fuere su régimen no estaba dispuesta a dejar deteriorar el Exclusivo.¹ Sin embargo, no llegaré a calificar de separatismo la acción de la asamblea, pues no estaban rotos los lazos con la metrópoli.

No creo que la rebelión de los mulatos fuera fatal, pero el egoísmo de los blancos la hacía inevitable. Como siempre ocurre, los colonos perecieron por desmesura. No pudieron subordinar sus prejuicios racistas a intereses superiores. Su resistencia a las reivindicaciones de los mulatos se manifestó en forma violenta, por pillajes y ahorcamientos, por la puesta en el *Índex* e incluso el ajusticiamiento de blancos y por la denuncia de los colonos de París, sospechosos de traición. Ni la derrota de los mulatos, ni la ejecución de su jefe Ogé, entregado por los

1 Césaire escribe en esta ocasión: «El pacto colonial seguía intacto». Habría que suprimir definitivamente del vocabulario la expresión *pacto colonial*. No se la conoce en el siglo XVIII en que la palabra *Exclusivo* expresa perfectamente los derechos integrales de la metrópoli. La citada expresión fue creada ulteriormente, en una época en que se quería hacer creer que el régimen colonial era el resultado de un *pacto*, es decir de un acuerdo libremente consentido, que implicaba obligaciones recíprocas cuando lo cierto es que estaba impuesto por Francia a sus colonias que protestaban contra su aplicación.

españoles y enrodado en la plaza pública, pusieron fin a los disturbios. Sobre todo, la unión de blancos y mulatos, indispensable para mantener el orden entre los negros, dio lugar a una guerra civil que envalentonó a los esclavos a rebelarse, a esos mismos esclavos que ya habían sido utilizados en uno o en otro campo. En la Constituyente, las tentativas para extraer de los derechos del hombre consecuencias prácticas para las colonias, chocaron con el bloque de los intereses amenazados: colonos, negociantes y negreros revolucionarios de Nantes y de Burdeos, refinadores de la metrópoli, representados en todos los partidos por hombres influyentes como el monárquico Malouet y los dos triunviros de izquierda Lameth y Barnave. Incapaz de sacudirse el pasado, la Asamblea satisfizo las reivindicaciones de los habitantes, rechazadas por la realeza, sustituyendo la dominación de los grandes propietarios por el despotismo militar y mercantil. Apartó de la vida política, contrariamente a sus principios, a los ciudadanos libres por ser hombres de color y mantuvo la esclavitud. Demostró así que la democracia era un privilegio metropolitano que no se exportaba. En las colonias, los hombres no nacen libres e iguales en derecho. Era esta la conclusión normal del Exclusivo, cuyo espíritu no estaba minado por la revolución. Pero, de hecho, la legislación de la asamblea no fue más allá de los límites de una declaración de principios, pues, antes de la votación de sus decretos, la suerte de las islas se jugó en las mismas islas, en las feroces luchas de razas, de clases y de intereses.

Me hubiera gustado que Césaire hubiera insistido más sobre el tránsito de la Constituyente a la Legislativa que corre el riesgo de escapar a lectores mal advertidos. Si en materia económica la nueva asamblea mantuvo lo esencial del Exclusivo, mostró una hostilidad general a la política de la Constituyente y principalmente a Barnave, que a decir de Guadet, había tomado «los furores de Santo Domingo por los furores del Hotel Massiac» representaba el *lobby* de los colonos. Por primera vez, los demócratas señalaron, con Merlin de Thionville, la contradicción de defender en Europa la libertad en nombre de los derechos del hombre y mantener en las islas la distinción de razas y la esclavitud. Césaire ha señalado justamente la importancia del gran discurso-análisis de Brissot, del 1 de diciembre de 1791, y la fragilidad de sus conclusiones. Es que los girondinos tenían que guardar miramientos con los negociantes de Burdeos que hubieran visto comprometidos sus negocios por la supresión de la esclavitud. Cita con razón un proyecto abolicionista de un diputado del Vermandois a la Constituyente, Viefville des Essarts. Hay

otro, generalmente ignorado, pues que yo sepa solo ha sido citado por Jaurés en su *Historia socialista*. En septiembre de 1791, un representante de las Bocas del Ródano, Blangilly, presentó un proyecto para la emancipación gradual de los esclavos, que no fue discutido, ni siquiera llevado a la tribuna, sino comunicado solamente para su impresión. Reclamaba, entre otras medidas, la prohibición de maltratos a los esclavos so pena de pérdida de sus derechos; la creación de casas de fuerza para esclavos culpables, a fin de sustraerlos a las arbitrariedades del amo; el derecho a la subsistencia para los negros viejos y achacosos; la posibilidad de rescate por peculio; la libertad de oficio para los hijos de esclavos, en fin, la emancipación de derecho, al cabo de ocho años, de negros que pasarían a ser jornaleros. Este proyecto revestía, de acuerdo con el parecer de Jaurés una verdadera importancia histórica.

«El aterrador problema negro», que Césaire reprocha a la Legislativa de no haber resuelto al mismo tiempo que el problema mulato, de hecho, fue el primero en plantearse a esta asamblea. Esta tuvo conocimiento del levantamiento de los negros el 27 de octubre de 1791. ¡Dos meses habían transcurrido desde su inicio, el 22 de agosto! Esta simple comprobación permite establecer la dificultad que hay en poner orden cronológico en la historia de las relaciones entre Santo Domingo y la metrópoli. En razón de la lentitud y de lo precario de las comunicaciones, se requiere por lo menos un trimestre para que se conozca en Port-au-Prince cómo reacciona París ante los acontecimientos de la isla. Cuando las respuestas o las directivas llegan a las autoridades francesas de la isla, la situación ha evolucionado de tal modo que ya no tienen valor práctico. La política colonial no se adapta sino lentamente y por sobresaltos a las mutaciones coloniales. Cuando el comisario Sonthonax, enfrascado en la sedición de los grandes blancos del Cap francés, pronunció, el 23 de agosto de 1783, la emancipación general e inmediata de todos los negros, no estaba en condiciones de remitirse a París para una decisión que, sin embargo, comprometía el porvenir, pero que las circunstancias imponían.

Sea cual fuere la importancia del culto Vodú, que sirvió de sostén a la insurrección por no decir que fue la causa, no hay necesidad de hacerlo intervenir tanto como la acción de los blancos realistas, de los Amigos de los negros, de los mulatos o de las potencias extranjeras, para explicar un movimiento total, espontáneo, irresistible. Los grandes blancos hubiesen podido medrar con el gran miedo que conmovió a la isla para aliarse a los mulatos. Los del oeste así lo entendieron, pero el orgullo racista de

los del norte hizo que todo fracasara. El resultado fue la guerra colonial, la guerra implacable que abriría el camino a Toussaint.

No seguiré a Césaire en su evocación de la carrera de Toussaint Louverture. Tienen sus páginas un tono de epopeya que un análisis rebajaría inútilmente. Me limitaré a algunas observaciones. Creo que el compromiso español podría ser matizado. Cuando el antiguo cochero de la hacienda Bréda se pasó a los españoles de Santo Domingo, recibió el título de mariscal de campo, dicho en otros términos, general de brigada, pero seguía siendo el esclavo y estaba paralizado por la posición preponderante de Jean-François.

Solo del lado francés podía, como ciudadano, hacerse una carrera indefinida. Tenía en ese entonces una sincera admiración por la nación que emancipaba a los negros y la influencia que ejerció sobre él el general realista Laveau no dejó de pesar en su decisión. Se compartiría de buen grado el asombro de Schoelcher si no nos percatáramos de que en Santo Domingo el problema de la opción no se planteaba en los mismos términos que en Francia. Lo que hay que retener es que Toussaint se pasó a los franceses no como tráfuga, sino como jefe y que rechazó la dignidad real de la isla que le ofrecieran los ingleses.

Césaire se niega a plantear el problema de saber si Toussaint Louverture fue ambicioso: «no se trata aquí de psicología, sino de algo muy distinto, de la fuerza de los acontecimientos y del impulso histórico». Sea, pero hay que admitir que este impulso, Toussaint quería ser el único que lo controlara. Eliminó a sus rivales franceses haciendo nombrar a Sonthonax en los Quinientos, a Laveau en los Antiguos (1796-1797) y poniéndose en nombre del general Hédouville (enviado para contenerlo) en el gobierno y en las negociaciones (1798). Aplastó los levantamientos de los hombres de color en el norte y en el oeste y batió a Pétion y a Rigaud en el sur (1799). Entre los mulatos quizás hubo unas diez mil víctimas. En lo adelante nadie estuvo en condiciones de oponerse a su ascensión. Esto fue lo que le permitió emprender la organización del país. No acabo de entender bien el reproche que le hace Césaire de haber perdido su contacto con las masas. No veo en efecto qué otra política hubiera podido hacer para luchar contra el vagabundaje y el desempleo y, más tarde, para salvar la economía, que corría el riesgo de sumirse en la anarquía, si él no hubiera impuesto la obligación del trabajo. ¿Era posible, en el momento en que la salvación del país era la ley suprema, mostrar «flexibilidad, inventiva, un sentido de lo humano siempre alerta»? Se puede poner en duda. En todo caso, gracias a Toussaint y a

despecho de las ruinas, Santo Domingo se entregó de nuevo al trabajo, volvió a exportar y, como resultado de la supresión de deudas y de las libres importaciones de Norteamérica, conoció una prosperidad más grande que la de antaño.

Toussaint no pudo dar su plena medida. Dueño de la isla entera desde octubre de 1801, había hecho votar una constitución que declaraba, en su artículo primero, que «Santo Domingo y sus islas adyacentes forman el territorio de una sola colonia que forma parte del imperio, pero sometida a leyes particulares». Césaire tiene razón al insistir sobre esta «intuición genial» de un «Commonwealth francés». Me acuerdo haber desarrollado este tema ante un público haitiano para el que fue, en gran parte, un descubrimiento. En esto hay un hecho de una importancia extrema al que la historia dará, tarde o temprano, todo su valor. Nada era más fácil para Francia que concertar un acuerdo con un país de producción complementaria y que encontraba una organización conforme a las tendencias de su población. Pero estaba de por medio Bonaparte que, no solo sufría la influencia de los ultramontanos repatriados, sino que era incapaz de admitir un poder independiente del suyo. En Santa Helena reconoció su error. La rendición de Toussaint, el 6 de mayo de 1802, después su muerte en el Fort-de-Joux, no impidieron la guerra implacable. En las Gonaïves, en el sitio mismo en que Toussaint se rindiera, los jefes de la resistencia se unieron, el 1 de enero de 1804, para jurar sobre el altar de la Patria, la independencia de Santo Domingo proclamada, el 30 de noviembre de 1803, bajo el nombre de Haití, así como un odio eterno a Francia.

En su conclusión, admirablemente pensada, Césaire ha caracterizado el papel de Toussaint Louverture que «en la historia y en el dominio de los derechos del hombre fue, por cuenta de los negros, el operador y el intercesor». Es esto lo que mantiene, si es que no lo engrandece sin tregua, el prestigio del Precursor entre los haitianos. En el curso de un viaje que hiciera a Haití, poco después del ciento cincuenta aniversario de la liberación, pude vivir, con los historiadores locales, la epopeya de este hombre a quien el libro de Césaire contribuirá a dar su justo y altísimo lugar. En su isla, de incomparable encanto, comprendí por vez primera lo que era la civilización del siglo XVIII y esa alegría de vivir de la que Talleyrand conservaba la nostalgia.

Ya no se odia en Haití a Francia, a la cual ya ese pueblo no está sometido, una Francia cuya lengua y cultura son el fundamento sólido sobre el cual se puede apoyar para defender su autonomía contra las presiones

norteamericanas. En Haití se está ávido de la última exposición de Picasso o de la última obra de teatro de Audiberti. Pero eso es privilegio de una aristocracia. Sobre esta «tierra de hombres y de dioses», como la llamó Métraux, están, sobre todo, los hombres que trabajan en los campos de henequén y de caña de azúcar, que no conocen otra cosa que la miseria y que acaso piensan que, si Toussaint Louverture viviera, les habría asegurado la emancipación social después de la independencia política.

Charles André Julien,
profesor de Historia de la Colonización en la Sorbona.
Septiembre de 1961.